



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
MAY - JUL DE 2016 Número 164 Donativo \$7.00 M.N.



(Sab. XXIV, 31)

¡El Secreto de la felicidad!

Amadísimos hermanos
En Cristo, ¡Paz y bien!
les conceda la mano bendita y paternal del Padre celestial, que es pródigo en darse a sus criaturas aun cuando no lo merecemos.

Nos encontramos de nuevo en estas cortas líneas de nuestro pequeño boletín para llevarles un bello secreto de verdadera felicidad presente y futura.

Es la felicidad el ansia suprema del corazón humano, la meta a que anhelamos llegar todos. Esta es una verdad que no necesita demostración, pues la sentimos dentro de nosotros mismos continuamente, la vemos en todos los hombres, la vemos en el progreso mismo de la humanidad, en sus diversos descubrimientos tendientes todos ellos a mejorar la condición del hombre, a buscar la mayor comodidad y el supremo bienestar. Lo es tanto, que dados demasiado a lo material, nos olvidamos de que no somos tan sólo materia, sino que en

nuestra esencia entra como parte principalísima la parte espiritual, o sea, el alma. No nos preocupamos por esta parte de nuestro ser, o no le damos la importancia que verdaderamente tiene, posponiéndola a aquélla; y de ahí precisamente que nuestras ansias de felicidad nos salgan fallidas, porque aún cuando en lo material se tiene lo que se requiere, el ánimo no queda satisfecho, y no se puede llamar verdadera felicidad a aquello, porque el espíritu no puede competir con las cosas de la carne, con lo material.

Es verdaderamente lamentable la ignorancia que existe en una gran parte del pueblo cristiano acerca de las verdades de nuestra santa religión; y por desgracia, no están exceptuadas de esa ignorancia las verdades que miran a la Inmaculada siempre Virgen María; ignorancia que aprovechan los enemigos de nuestra Fe católica, especialmente los protestantes, para esparcir sus innumerables errores.

Si el alma ansía poseer su fin, que no es otro sino Dios, que

es fuente y autor de todo bien, y por lo tanto, de toda felicidad, ¿por qué es tan reacia para buscar donde sabe que únicamente encontrará lo que la saciaría? Con cuánta razón exclamaba el gran San Agustín: “¡Señor, me hiciste para Ti y mi corazón no estará feliz hasta que no descanse en Ti!”

¿Dónde encontrar, por lo tanto, el secreto para llegar a la felicidad en Dios, con Dios y para Dios?

Si pues nuestra felicidad está en esa posesión divina, en esta vida por la gracia y en la otra por la visión beatífica, de aquí la necesidad que tenemos de buscar un medio verdaderamente seguro para encontrar la felicidad, para no perder la meta en medio de nuestra vida mortal tan llena de múltiples peligros y bienes engañosos que se presentan como luces brillantes que atraen la atención, quitándola de la verdadera luz, o bien, como fuentes de aguas cenagosas, que en lugar de quitarnos la sed nos la encienden más y más.

¡El medio, amadísimos hermanos, está en nuestras manos, ese tesoro está a nuestra disposición!

Ese secreto nos es revelado con sólo quererlo. Y aunque “su valor es mayor que el de las más ricas preciosidades traídas de los confines del mundo,” (Prov. XXXI, 10) sin embargo, ¡fácilmente se deja ver de aquellos que la aman y sale al encuentro de los que la buscan!



Por lo tanto, ya entrevemos de quién hablamos. Nuestra fe y amor de verdaderos hijos nos da la clave, nos da el secreto: ¡es Ella... la purísima María, su devoción bendita que nos atrae...! ¡He ahí el medio... he ahí el tesoro... he ahí el gran secreto...!



Los verdaderos hijos amadores de Nuestra Señora y Madre, nos aseguran después de haberla conocido, meditado y estudiado en sus insondables grandezas, que no pudieron menos de amarla, que es la única que puede llenar de verdadera felicidad nuestro corazón; su amor es el secreto de la verdadera felicidad. Ella es el medio para llegar a Dios, su amor nunca aparta de Él como suele suceder lamentablemente con el amor de las criaturas, sino al contrario, el amor a Ella acerca más y más a Dios.

¡Ella es la depositaria de los frutos de la Redención de Cristo! Ella es la que lleva en su Corazón maternal el caudal de gracias y bendiciones que su Divino Hijo conquistó en este mundo para la humanidad pecadora, y todo aquel que a Ella se acoja confiadamente, será enriquecido por su amor misericordioso para abrirle las puertas del cielo.

¡Que su amor se apodere de nosotros!, queridísimos hermanos, que su belleza, su grandeza y sublimidad robe nuestro corazón, como nos asegura uno de los más grandes amantes de la Virgen Santísima, San Bernardo, llamándola: “¡Robadora de corazones!” Que robe también el nuestro y nos llene de su divino amor, y así podremos sentirnos los hijos más felices en este valle de miserias, por haber dado en la clave de la ¡Verdadera Felicidad! ¡Supliquémosle a Ella que así sea! Y todo para gloria de Dios de quien venimos y a quien regresaremos por mediación de nuestra bendita Madre. Felicitémosla por haber sido el tesoro de Dios para nosotros míseros pecadores, suplicándole nos conceda ser dignos hijos de su Corazón maternal.

¡Sea para gloria de Dios!

Latidos del Corazón de Jesús

Jesús se está despidiendo de sus discípulos. Escuchemos sus palabras que tienen la solemnidad de un testamento de amor: “Oíd,” dice Jesús, “os doy mi mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros. Por eso os amé tanto, para que aprendáis de Mí la ley de la caridad y os améis como Yo os he amado”. Y unos instantes después repite con la misma amorosa insistencia: “Os lo mando con toda mi divina autoridad: Amaos mutuamente.”

En tres palabras podemos compendiar los sentimientos de Jesús para con nosotros: Encarnación, Crucifixión, Eucaristía.

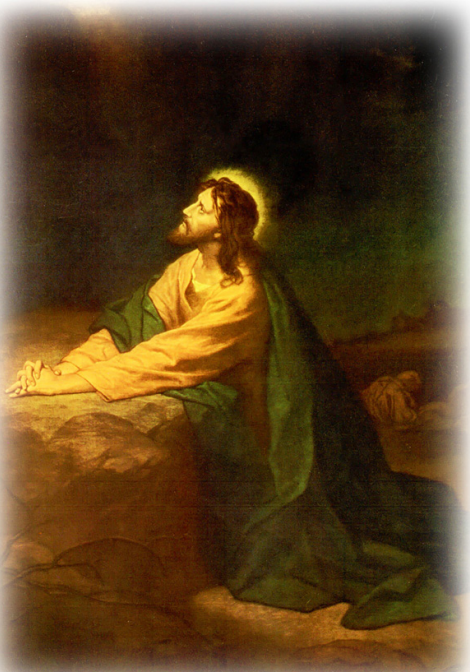
Supongamos que un rey se ve precisado a condenar a muerte a un malvado. Mientras es arrastrado al patíbulo, el hijo del rey está contemplando la sentencia de aquel desgraciado desde su palacio y es tan inmensa la compasión de su corazón, que sale al camino para ocupar el puesto de aquel condenado. Pero para que la sustitución fuera posible, oculta el esplendor y lujo de sus vestidos preciosos bajo el rojo manto de un obrero. ¡Sería un milagro encontrar en el mundo un corazón que muriera por un inocente!

Esta suposición queda infinitamente lejos de la realidad, pues que el misterio de nuestra Redención lo consumó no el hijo de un rey, sino el Hijo de Dios omnipotente. Después de una noche de

agonía y de injurias horrendas, después de una flagelación cruel, permaneció tres horas colgado del árbol de la cruz.

Santa Brígida tuvo una revelación impresionante. Jesús Nuestro Señor le manifestó que la causa de su muerte no fue el dolor sino el amor. En aquellos terribles momentos en que pendía de la cruz, fue invadido su Corazón por un ímpetu vehemente de amor para con los hombres, que se rompió y expiró.

Sabemos igualmente que no podía separarse de nosotros los humanos e inventó su divino amor otro prodigio admirable para quedarse hasta la consumación de los siglos: instituyó la Santa Eucaristía, y de



este modo puede en todo momento dirigirnos desde el altar aquella invitación dulcísima: “Todos los que os halláis trabajados y cansados, venid a Mí, que Yo os consolaré”. El temor de nuestra indignidad no debe alejarnos de su Corazón Eucarístico, pues de él brotan estas consoladoras palabras: “No he venido en busca de justos sino de pecadores; no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos.”

¡Creamos en el amor infinito de ese amante Corazón que día y noche nos espera en el Sagrario! No lo dejemos solo pues sufre inmensamente por nuestra ingratitud y desamor, que sin duda, con frecuencia debe exhalar aquella dulce queja de haberse quedado con nosotros para ser nuestro compañero de viaje hacia la eternidad, y sin embargo, en cuántos Sagrarios sucios y dismantelados, se encuentra solo, olvidado y sin el consuelo ni el amor de sus amados, de sus redimidos, que a tan alto precio arrancó de los lazos del maligno y que, si hemos sido redimidos con su Preciosísima Sangre, ¿por qué le dejamos sólo?

Qué lejos está nuestro corazón del Corazón adorable de Jesús que tanto nos ha amado! Nosotros somos tan apáticos, tan indiferentes para sacrificarnos por su amor, y cuando le damos un poco, siempre va tan imperfecto...



Un día se aparece nuestro buen Jesús a Santa Margarita María y de su adorable Corazón, salen ardientes llamas recordándole su amor infinito hacia los hombres que no tienen para Él sino ingratitudes y desprecios, y le dice estas palabras: “Quiero que tú, al menos, Me procures el placer de suplir sus ingratitudes en la medida en que puedas”.

La Pasión del Señor no ha terminado todavía. Mientras se comentan pecados en el mundo, continuará Jesús caminando por la vía dolorosa, mirando a diestra y siniestra en busca de un alma que, como la Verónica, se preste a consolarle.

Sabiendo pues, que un pecado mortal basta por sí solo para crucifi-

car de nuevo al Redentor, demos una mirada al mundo y veremos cuántos patíbulos se levantan por doquier a nuestro Dios y Señor. Pensemos en cuantísimos pueblos todavía se le desconoce, robándole con ello el culto que se merece. Cuán grande es el número de católicos sólo de nombre, de los indiferentes, de los

que, a pesar de haber gustado los tesoros de su Divino Corazón, no dudan en echar sobre Él el fango inmundo de sus pecados. Y, ¿qué diremos de las salas de espectáculos donde tiene su trono el espíritu infernal de la lujuria? Además, y por qué no decirlo, también en las almas buenas... ¡cuántas deficiencias

descubrimos para regalar y consolar al divino Amante! Se nos exige obligatoriamente una expiación por nuestras propias faltas, y pecados, de los presentes, pasados y futuros, y al mismo tiempo también los pecados de los hombres. Estos por gratitud, aquellos por justicia; “porque si no hiciereis penitencia, todos perece- réis”, dijo Nuestro Señor.

Acercuémonos humildemen- te junto a ese Corazón manantial de

amor y misericordia pidiéndole per- dón, y arranquémosle la gracia de que se digne cambiar nuestro cora- zón terreno, egoísta y sensual, por un corazón nuevo, ardiente, celestial, semejante en todo al suyo divino. Pidámosle esta gracia en la solemne

fiesta a su amantísimo Cora- zón, suplicándole nos permita penetrar

en esa llaga ben- dita y amorosa que permitió fuera abierta en su costado cuando con- sumó su sa- crificio en la cruz, para que aprendamos la sabiduría y la manse- dumbre, la humildad y el amor infinito de su Sagrado Corazón.

¡Jesús, muéstranos

la llaga visible de tu Corazón, para que podamos ver la llaga in- visible de tu amor! ¡Haznos dig- nos hijos de ese infinito amor que llegó a lo incomprensible para la mente humana!

*¡Jesús manso y humilde
de Corazón... haz nuestro corazón
semejante al Tuyo!*

¡Sea para gloria de Dios!



¡Consolemos a Jesús en las Congojas de su Corazón!



*Jesús se queja de su amarga soledad;
desagraviemos con generosidad los ultrajes que
hieren de muerte su divino Corazón.*